

Pyrenaica y los Pirineos

S

EMANA Santa del 73, la montaña pirenaica se hallaba cubierta por la nieve cuando un nutrido grupo de amigos, alpinistas de élite unos, montañeros otros, fotógrafos y cineastas los menos, nos habíamos reunido con la

intención de convivir en circunstancias poco habituales, durante un largo fin de semana.

El lugar elegido fue el valle de Marcadau en la vertiente francesa, de modo que allí nos fuimos los quince amigos con más de doscientos kilos de carga entre tiendas, comida y equipos.

Con unos improvisados trineos fuimos subiendo los 250 m de desnivel que nos separaban del refugio Wallon; cerca de él íbamos a instalar nuestro campamento.

El tiempo era francamente malo, niebla, nieve y mucho frío, pero nadie se quejaba. En el fondo era lo que estábamos buscando.

Y... allí, en medio de la ventisca, montamos las tiendas, en un lugar magnífico, idílico.

Pero siguió nevando día tras día. Todo era blanco y más blanco. Salíamos a dar una vuelta, nos mojábamos y volvíamos al calor de las tiendas a comer, jugar a las cartas, oír música y por la tarde clases de fotografía y técnicas de filmación. Después hacíamos planes y más planes antes de ir a dormir.

Por fin, un día amaneció despejado. La montaña aparecía radiante bajo el blanco manto. ¡Había que aprovechar la mejoría!

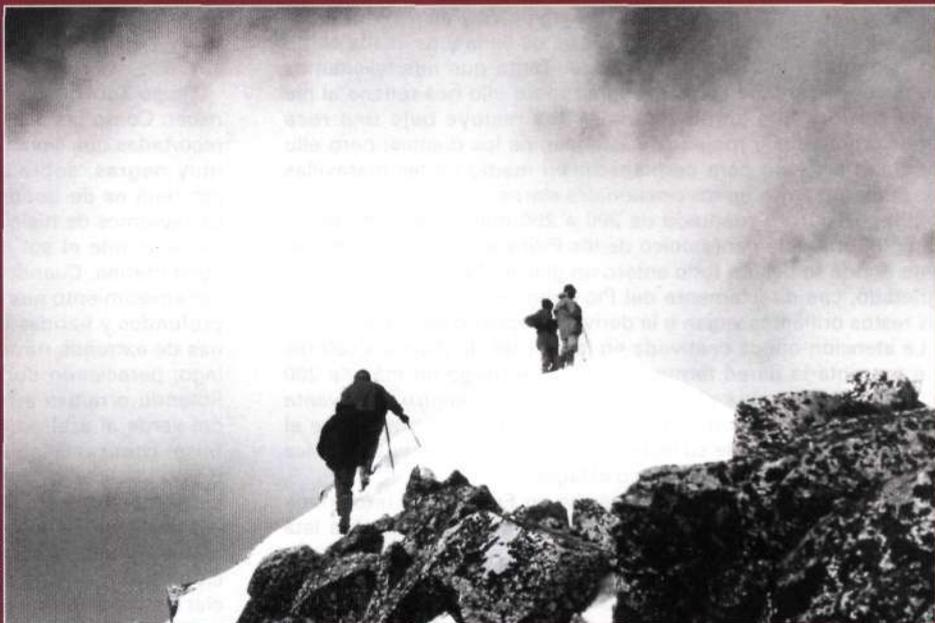
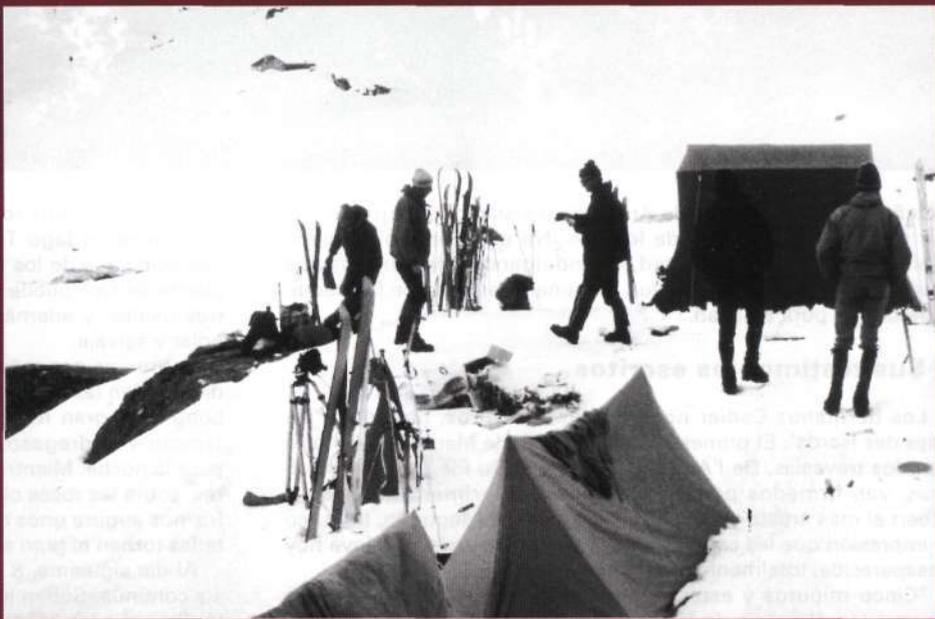
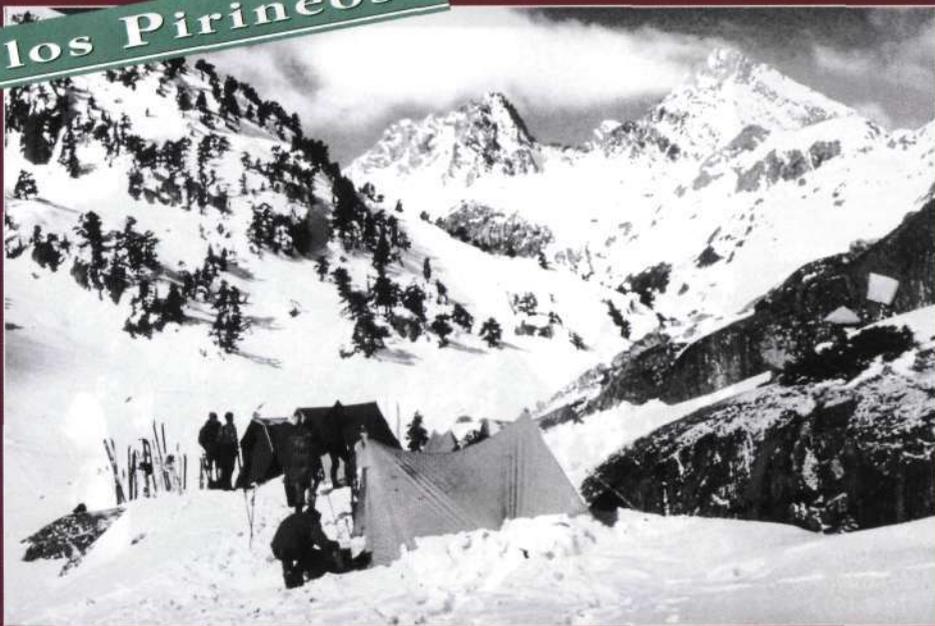
Y se hicieron los grupos. Unos fueron a escalar al pico Falisse, otros hacia el lago de Arratille, mientras que el Cambalés fue el "plato fuerte".

Una larga travesía sobre lagos helados con esquís, una afilada cresta de nieve y el cielo azul. Son los casi 3000 m del Cambalés. Después un largo descenso hasta la misma puerta de casa y a recogerlo todo. Comenzaba a nevar otra vez.

Un año más tarde estaríamos de nuevo todos juntos intentando la ascensión al Everest. □

Ángel Lerma

UN AÑO ANTES



FOTOS DEL AUTOR